

“SACUDETE EL POLVO”


Mensaje para el tercer domingo después de Pentecostés

Del pastor Norman Staker

14 de junio de 2026

ÉXODO 19: 2-8A ✻ ROMANOS 5: 1-8 ✻ MATEO 9: 35-10:8 (9-23)

GRACIA, MISERICORDIA Y PAZ DE DIOS NUESTRO PADRE Y DE
NUESTRO SEÑOR Y SALVADOR JESUCRISTO. AMÉN. ¡HA
RESUCITADO; VERDADERAMENTE HA RESUCITADO!

 alguna vez te has sentado a una mesa intentando hablar con alguien y te has dado cuenta de que estás perdiendo la batalla contra su teléfono móvil? Intentas mirarle a los ojos, pero su mirada se desvía constantemente hacia la pantalla. Intentas hablar de la realidad, pero todo su cuerpo está concentrado en esa realidad virtual que le tienta con pitidos de distintos tonos a intervalos irregulares.

¿Soy yo el problema?, te preguntas. ¿Soy demasiado aburrido, demasiado amenazante, demasiado intenso, demasiado directo, demasiado exigente, simplemente demasiado para ti? Quizás el problema sea que ese pequeño dispositivo electrónico te ofrece un futuro de tareas por mensaje de texto o planes futuros por correo electrónico, o momentos graciosos en YouTube o acusaciones en Twitter, todo un mundo de fantasía de posibilidades inexplicables y alternativas inmatrimales. Pero yo, sentado aquí frente a ti, te ofrezco una realidad simple, prosaica y presente, sin escapatoria.

Y ese tsunami abrumador de realidad es lo que se siente al encontrarse con Dios. Antes de que nos volvamos demasiado moralistas y resentidos con los colegas, amigos o familiares que parecen cada vez más adictos a una vida de distracciones y alérgicos a estar presentes cara a cara con nosotros, esperemos un momento. Así somos todos ante Dios. Todos estamos jugando, fantaseando, distrayéndonos, evitando el contacto visual, fingiendo cansancio, pareciendo aburridos y adictos a otras cosas.

Dios es quien anhela mirarnos a los ojos. Nosotros somos los que nos movemos inquietos, nos encorvamos y buscamos cien maneras de pedir que nos dejen

levantarnos de la mesa. Eso es lo que significa ser indiferente. La indiferencia es decir: "¿Puedo pensar en otra cosa, por favor?".

Esta es la reacción que Dios recibe de nosotros, de todos nosotros, casi a cada segundo de cada día. Y si vas a unirte a la misión de Dios, esta es la reacción a la que tendrás que acostumbrarte. Cuando Jesús envía a sus apóstoles, dice: «Al entrar en una casa, salúdenla. Si la casa es digna, que la paz de ustedes repose sobre ella; pero si no lo es, que la paz de ustedes vuelva a ustedes. Si alguien no los recibe ni escucha sus palabras, sacúdense el polvo de los pies al salir de esa casa o pueblo».

Hay dos versículos en nuestros textos de hoy que quisiera llamar su atención. El primero está en nuestra lectura de Romanos y dice: «Pero Dios demuestra su amor por nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros». El otro versículo se encuentra en nuestra lectura del Evangelio y dice: «Cuando Jesús vio a la multitud, tuvo compasión de ellos, porque estaban acosados y desamparados, como ovejas sin pastor».

Estos dos versículos, a mi parecer, resumen el significado del mensaje del evangelio, la Buena Nueva de Jesucristo. Dios nos mostró su amor cuando aún éramos pecadores, o enemigos de Dios, y Jesús tuvo compasión de la gente. Pero, ¿qué significa eso? ¿Dios nos ama y Jesús tuvo compasión? Estas dos palabras suelen tener un significado vago y misterioso. ¿Qué significa amar? ¿Qué significa tener compasión?

En el Tesouro de Roget, que es un libro de sinónimos y antónimos, el autor enumera muchas palabras que describen o amplían el significado del amor y la compasión. Estas palabras son: simpatía, caridad, misericordia, generosidad, piedad, y podríamos seguir enumerando. Y cada una de estas palabras puede describirse con muchas otras. La lista es interminable. Pero eso todavía no nos lleva al significado, al corazón del asunto, ¿qué significa que Dios nos ame?, ¿qué significa que Jesús tuviera compasión? Tal vez las Escrituras puedan ayudar, ¿qué tal Juan 3:16, «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

Sí, ese versículo habla del amor de Dios por nosotros, pero ¿lo describe? ¿Podemos ver el amor en ese versículo? Sí y no. Sí, podemos ver el amor porque el amor de Dios solo es visible a través de Cristo. No, no podemos ver el amor, porque no vemos las acciones de Cristo. La única manera verdadera de ver el amor de Dios, de describir el amor de Dios, es ver a Cristo. Cristo es el amor de Dios

encarnado, o el amor de Dios hecho realidad en este mundo. Así que, al examinar el Nuevo Testamento, al buscar descripciones de lo que significa que Dios nos ame, necesitamos mirar las acciones de Cristo.

Cuando Cristo se compadeció de la multitud, en cierto sentido, en realidad, les mostró a las personas, y a nosotros mismos, lo que significa que Dios nos ama. Al sanar, al perdonar pecados, al unir a las personas, al hacer que, especialmente las mujeres, se sintieran parte de la creación de Dios, nos mostró a nosotros y a ellas el amor de Dios.

Jesús es quien nos muestra de manera impactante cómo es el amor de Dios. Es un amor que perdona, acepta, cuida, misericordioso y compasivo. Es un amor que permitió que el único Hijo de Dios fuera crucificado para que tú y yo pudiéramos tener vida eterna. Es un amor que estuvo dispuesto a sacrificar al Hijo de Dios para que la reconciliación se hiciera realidad en esta tierra. «Mientras aún éramos pecadores, Cristo murió por nosotros». Mientras aún éramos pecadores, Cristo reconcilió a Dios Padre con la creación.

Así pues, si se quiere describir el amor de Dios, se puede encontrar en las acciones, las palabras y los hechos de Cristo. Se le puede llamar un amor reconciliador, un amor que une a las personas. Es un amor que perdona; es un amor dispuesto a sacrificarse; es un amor dispuesto a dar en lugar de recibir.

Ese amor de Dios se manifiesta a través de Cristo y la cruz, pero al mismo tiempo, el amor de Cristo se ve hoy no solo a través de las acciones, palabras y obras de Cristo en la Biblia, sino también a través de la obra del Espíritu Santo en la vida de las personas. Pablo dice muy claramente que tú y yo somos como «pequeños Cristos» en el mundo. Hoy la gente ve a Cristo a través de nosotros, a través de ti y de mí. Pablo dice en Romanos 12:9: «Que el amor sea sincero; aborrezcan lo malo, aférrense a lo bueno; ámense los unos a los otros con afecto fraternal; compitan en mostrarse respeto».

Pablo continúa diciendo en otra de sus cartas, a los Efesios, capítulo 5: «Por tanto, imitad a Dios como hijos amados. Andad en amor, como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio de aroma grato a Dios». Pablo añade: «Porque antes erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz».

Como puedes ver, tú y yo estamos llamados a ser pequeños Cristos en este mundo. Debemos ser como Cristo, amándonos unos a otros como Él nos ha amado.

Debemos ser libres y expresivos con nuestro amor; debemos ser generosos con nuestro prójimo.

Quisiera compartirles una historia que resume para mí este amor a Dios a través de Cristo y, por ende, mi amor por el prójimo. Es en las experiencias de estas historias donde Cristo cobra vida para cada persona. Espero y ruego que, al escuchar, Cristo cobre vida para ustedes y que, en su amor, ustedes también cobren vida para su prójimo. Nuestra fe no es estática, sino viva y expresiva. Al escuchar la historia, decidan qué personaje son ustedes. ¿Quiénes son ustedes en esta historia?

Un grupo de hombres viajaba a través del desierto. Eran completos desconocidos cuando comenzaron; algunos eran hombres de negocios adinerados, otros eran trabajadores comunes, y uno era un criminal, un ladrón. Este grupo de hombres viajó junto a través de la ardiente arena del desierto. Se encontraron con más tormentas de viento de las que esperaban, por lo que su comida y su agua comenzaron a escasear. Usaban capuchas de lana para protegerse de la arena caliente y punzante que les picaba la cara mientras viajaban. Mientras viajaban, un hombre notó que faltaba uno, el que se llamaba Jasmin. Buscaron alrededor en medio de la tormenta de viento, pero todo lo que pudieron ver fue su camello vacío. Sin jinete. Los hombres pensaron que no valía la pena regresar a buscar a Jasmin, ya que era el ladrón entre ellos. No valía la pena salvarlo. Pero Lawrence, un hombre de negocios rico, un hombre que tenía mucho que perder, se arriesgó a dejar al grupo para regresar a buscar a Jasmin. Lawrence siguió su ruta y finalmente encontró a Jasmin, medio enloquecido por el calor y la sed. Compartió con él la poca agua y comida que tenía, lo acomodó y lo ayudó. Montó en su propio camello y lo condujo una vez más. Siguieron adelante hasta que llegaron al grupo. Al llegar, todos se sorprendieron de haberlo logrado. Les asombraba que Lawrence, el hombre rico, arriesgara su vida por un ladrón, un delincuente. Se maravillaban de su amor, de su respeto por la vida humana.

¿Te ves reflejado en esta historia? Yo sí, soy Jasmin. En mi relación con Dios, soy la criminal, la marginada, la pecadora. Soy la enemiga de Dios. Pero Pablo dice: «Pues si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo». Tú y yo somos Jasmin, que hemos quebrantado las leyes de Dios, nos hemos perdido en las tormentas de la vida y no hemos vivido según sus mandamientos. Pero no todo está perdido, Cristo es Lorenzo. Cristo salva a los perdidos. Cristo encuentra a los perdidos. Pablo dice: «Mucho más, ahora que hemos sido reconciliados, seremos salvos por la vida de Jesús».

Amigos, no somos perfectos. Necesitamos el amor de Dios, el amor transformador de Dios en nuestras vidas. Si tú y yo no fuéramos, ni fuéramos, en algún momento, como una manada de lobos, si no fuéramos conscientes de nuestra propia pecaminosidad, entonces no necesitas a Jesucristo; no necesitas estar aquí; no necesitas venir a comer y beber esta mañana; no necesitas la cruz; puedes levantarte e irte ahora mismo porque aquí no hay nada para ti.

Pero en tu interior, puedes ser, y a veces eres, esa manada de lobos en tu vida. Si tratas mal a la gente, si rechazas a Dios, si sientes que la vida no es tan perfecta como quisieras, entonces estás en el lugar correcto, porque aquí ocurre la transformación; aquí las vidas cambian; aquí tú y yo nos encontramos con Dios y Cristo a través del Espíritu Santo. Aquí tú y yo tenemos una relación personal con Cristo a través de la Palabra, a través de los Sacramentos, a través de la comunión entre nosotros. Aquí las heridas sanan, aquí las vidas se restauran, aquí la comunión y el amor están presentes.

A los luteranos se nos ha acusado con demasiada frecuencia de ser estirados, de no expresar nuestra fe. Pero creo que el luteranismo es lo suficientemente amplio como para permitir la expresión, la alegría, la manifestación de la emoción de la fe. Lo he dicho muchas veces en otras iglesias, aunque probablemente no aquí todavía, que si alguien gritara un amén, o alabara al Señor, o aleluya durante uno de mis sermones, hay un señor de San Pablo que dice aleluya después de que yo diga «Ha resucitado», y no me importa. Sabría que tal vez alguien estaba escuchando, que alguien estaba interesado, que no todos estaban dormidos. Hay una fuerza presente aquí que significa algo; significa que las cosas no son como siempre. La vida puede cambiar. Las personas pueden renovarse.

Todos, en algún momento, podemos identificarnos con el dolor, la angustia y el abandono que sienten algunas personas. Si somos sinceros con nosotros mismos, todos hemos pasado por eso.

Amigos, espero y ruego que eso nunca suceda aquí, porque todos tenemos a alguien; espero que tengamos a Cristo, y que Cristo esté encarnado aquí en la iglesia. Si no es así, entonces algo anda mal con la iglesia y sus miembros.

Aquí es donde se manifiesta el poder de Cristo. Aquí es donde debería estar presente la compasión del pueblo de Dios. Aquí es donde debería abundar el amor mutuo. Aquí es donde deberíamos sentirnos libres de expresar ese amor por Cristo y por el prójimo. Aquí es donde deberían comenzar las obras de misericordia y amor, para luego extenderse por toda la tierra. Pero si no podemos amarnos unos a

otros aquí, en esta familia de Dios, entonces no sé dónde más se podrá sentir ese amor.

Con la excepción de San Juan, que es al menos un 90-95 % familia de sangre, me gusta pensar en la iglesia como una familia, y en esa familia, cada uno de nosotros se entrega, recibe de los demás y está dispuesto a sacrificarse por los demás. De esa manera expresamos el amor de Cristo por nosotros y nos convertimos en pequeños Cristos los unos para los otros.

Es difícil imaginar que alguien respondiera a Jesús con indiferencia. Pero, por supuesto, lo hicieron. Perciban el veneno en las palabras del Apocalipsis dirigidas a la iglesia de Laodicea: «Conozco tus obras; ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero como eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca». ¿Qué nos dice Jesús que hagamos?

Jesús dice: “Sacúdanse el polvo de los pies”.

No los juzgues; esa es tarea de Dios, no tuya, y solo Dios sabe por qué están tan distraídos, son tan pasivos, tan frustrantes o tan silenciosos. Sacúdete el polvo de los pies.

No te lances a un discurso moralista creyendo que eres la encarnación perfecta del evangelio y que cualquiera que no se arrepienta y se bautice de inmediato debe ser estúpido. ¡Sacúdete el polvo de los pies!

Jesús se enfrentó a la indiferencia. Dijo que nosotros también nos enfrentaríamos a ella. No te sorprendas, no te desanimas, no te amargues. Sacúdete el polvo de los pies.

¿No es por eso que los pastores y misioneros se agotan? Porque ofrecemos una y otra vez esfuerzo, esperanza y energía, y nos encontramos con indiferencia, agresividad pasiva y un encogimiento de hombros que dice: «Da igual». Porque no podemos superar la indiferencia.

¿Qué es el polvo? El polvo es piel muerta. El polvo es tierra seca. ¿Recuerdan lo que Dios le dice a Adán en el capítulo 3 del Génesis? «Polvo eres, y al polvo volverás». Es lo que nos decimos el Miércoles de Ceniza. Polvo y cenizas. El polvo es la muerte.

¿Has hecho algo con polvo y cenizas últimamente? Claro que no. Es imposible.

¿Dios ha creado algo del polvo y las cenizas últimamente? Claro que sí. Lo hace todo el tiempo.

Sacúdete el polvo de los pies.

Al sacudir el polvo, dejas que Dios haga lo que solo Él puede hacer. Sacudir el polvo no significa lavarse las manos con tristeza ante el fracaso ni desechar con enojo un proyecto fallido. Sacudir el polvo es una oración para que Dios obre un milagro, haciendo surgir la belleza de las cenizas y la vida del polvo de la tierra. Has preparado el camino del Señor; eso es todo lo que puedes hacer. Ahora, ora para que todos vean la salvación de nuestro Dios.

Sacude el polvo y contempla la gloria de lo que solo Dios puede hacer.

¡AMÉN!